

PANTALLAS



Una imagen de *Faluya*.

Las cadenas del Magreb se reservan su mejor programación para la hora en la que se rompe el ayuno, mientras los gobiernos vigilan de cerca estos espacios

Atracón televisivo en el Ramadán

JUAN CARLOS SANZ, Rabat
Tras el cañonazo que marca el ocaso y ante un cuenco de *harira* o *chorba*, la sustanciosa sopa con la que suele romperse el ayuno, los magrebíes se agrupan en familia frente al televisor en Ramadán. El mes sagrado musulmán es también temporada de estrenos. Dramas, telenovelas, comedias, programas de humor, series de acción o concursos de cocina se suceden en horario de máxima audiencia, a primera hora de la noche. Pero entre los estrenos del mes de ayuno, que congrega al atardecer ante la mesa a familiares, amigos y vecinos, hay seriales que exploran los límites (y las pasiones) de la sociedad civil del Magreb en medio de controversias y polémicas.

Algunos levantan ampollas. Como ha ocurrido en Túnez con la serie juvenil *Faluya* (nombre de

la que fue irreductible ciudad iraquí frente al avance de las tropas estadounidenses). “Bienvenida a *Faluya*” es la leyenda con la que es recibida con una pintada en su vehículo una joven profesora por sus alumnos en un instituto público tunecino. En el centro circulan pastillas de éxtasis y son habituales las escenas de acoso y las novatadas, así como los desplantes a docentes. Esta ficción es calificada por el diario tunecino *La Presse*, uno de los de mayor circulación en el país, como “contraria a los valores familiares (...) dentro del delicado equilibrio existente entre la libertad de expresión y las normas sociales”.

El ministro de Educación, Mohamed Ali Bugdiri, ha tachado la serie de “farsa que perjudica al conjunto de los educadores”. “Vamos a adoptar medidas para poner fin a esta mascarada”, enfa-

tizó. El sindicato Federación de Enseñanza Secundaria denuncia que la serie daña la imagen del profesorado. Y hay abogados, además, que han dado el paso de demandar ante la justicia la paralización inmediata de sus emisiones por “atentar contra la moralidad y difundir obscenidades”. El organismo Alta Autoridad Independiente para la Comunicación Audiovisual se ha limitado a señalar que aún es pronto para pronunciarse sobre la calidad del serial televisivo.

Las controversias sobre las series de Ramadán reflejan la amplia distancia que media entre una sociedad civil que se reconoce en la realidad social que muestran las nuevas producciones y unas instancias de poder atrincheradas en valores nacionales conservadores y religiosos.

Bisan Jairat, directora de pro-

El ministro de Educación de Túnez amenaza con retirar la serie ‘Faluya’

Un proyecto de ley en Argelia marca límites al contenido de las producciones

gramación de la Sociedad Nacional de Radiodifusión y de Televisión (SNRT), controla los contenidos de la cadena pública de Marruecos a golpe de audímetro. “El 100% de nuestra parrilla es de producción nacional”, se jacta. Tras la ruptura del ayuno, en torno a

las siete de la tarde, es el momento más importante para ella: “De una audiencia potencial de 19 millones de telespectadores alcanzamos los seis millones durante la cena del Ramadán, máxima cota de audiencia anual con hábitos de consumo de televisión bien estudiados”.

Esta temporada, El Aoula (la primera cadena pública) ha lanzado la serie *Kayna Duruf* (Circunstancias atenuantes) con la que superado el listón del 32,5% de la audiencia. “Habla de una temática innovadora; de la vida de las presas que salen de la cárcel e intentan reinsertarse en la sociedad”, resume Jairat.

En la vecina Argelia, el habitualmente conservador y minoritario ENTV, segundo canal de la cadena estatal, está batiendo también récords entre los telespectadores con la emisión de la polémica serie *El Damma*, que gira en torno al mundo del hampa en la histórica Kasba o Alcazaba y en las legendarias callejuelas de Bab el Ued. Los rincones de ambos barrios —hoy marginales y que fueron hace tres décadas epicentro de atentados integristas y sangrientas redadas militares—, son ahora escenario de una agitada vida nocturna de ajustes de cuentas entre bandas, tráfico de drogas... Frente al dogma establecido del lenguaje refinado en pantalla, sus protagonistas hablan como los argelinos de a pie.

Un proyecto de ley de cine amenaza con establecer en Argelia un marco restrictivo para delimitar con valores religiosos y patrióticos los márgenes de la libertad de expresión en el sector audiovisual. El director de *El Damma*, Yahia Muzahem, ha reconocido que “los telespectadores tienen todo el derecho a cuestionar la serie y polemizar sobre ella”, pero considera que no es su misión solucionar el problema de la droga en las escuelas y la violencia en los barrios populares, sino mostrar “una realidad y la lengua que se habla en la calle”. Varios parlamentarios han solicitado la intervención del Ministerio de Comunicación, que ya ha creado un grupo de seguimiento para evaluar la calidad de las series.

SERIES ‘Fleishman está en apuros’

Un drama recuerda que la vida iba en serio

HÉCTOR LLANOS MARTÍNEZ
Hay un momento muy concreto de la vida en el que encontrar una marca de antidepressivo que no afecte a la libido resulta crucial. En ese punto exacto se encuentran varios de los personajes principales de *Fleishman está en apuros*. Tan concreto y crudo es el relato de esta miniserie de Disney+ que ha hipnotizado en pocas semanas a un pequeño ejército de espectadores, interpelados de forma inevitable por la sucesión de crisis de sus protagonistas.

La premisa inicial de la historia se centra en Toby Fleishman (interpretado por Jesse Eisen-

berg), un médico con vocación, idealista y recién divorciado de Rachel tras 15 años de vida en común. Ella es una agente teatral adicta al trabajo y obsesionada con el éxito y el ascenso social en un despiadado Manhattan que piensa más en las escapadas a Los Hamptons que en su propia felicidad cotidiana. Pero una noche ella desaparece dejando a sus dos hijos pequeños a cargo de su exmarido. El caos se instala en un hombre que lleva semanas intentando remontar su vida recurriendo a la novedad de las aplicaciones de citas y al recuperado confort de las afinidades pasadas.

Especialmente inspirada está



Un momento de *Fleishman está en apuros*.

la serie cuando se explaya en los diálogos cargados de contexto y naturalidad entre Toby y sus dos amigos de toda la vida, Libby (Lizzy Caplan) y Seth (Adam Brody), recién reencontrados después de que el matrimonio los haya separado durante años. El trío, en ese estado letárgico de quien acaba de entrar en la cuarentena sin ser consciente del to-

do de haber abandonado los felices veinte, es la voz politónica de una generación.

Como en la novela de Taffy Brodesser-Akner, cuyo guion adapta ella misma en ocho episodios, el espectador necesita paciencia para descubrir el discurso semioculto en la odisea de un personaje que, en principio, parece solo actualizar unos iconos tan co-

nocidos en literatura y cine que no necesitan ser nombrados: el del neurótico hombre heterosexual judío neoyorquino. El gran giro de guion consiste en arrebatar el punto de vista al supuesto protagonista. *Fleishman está en apuros* da pistas de ello cuando elige como narradora a una voz externa y femenina, la de Libby, una escritora, el *alter ego* de la propia autora del texto, convertida sin saber muy bien cómo en ama de casa de extrarradio que vive fascinada por el reciente cambio vital de su amigo doctor.

Y, tras el brillo de Lizzy Caplan, resurge Claire Danes en un notorio y trascendente capítulo siete, encarnando a la esposa a la fuga que durante las primeras entregas aparece solo como el recuerdo de un amargo proceso de ruptura. Con el mismo talento con el que elevó a *Homeland* a los altares de la *peak tv*, la actriz da infinidad de matices a este retrato de la mediana edad y la clase media aspiracional.